

**Propiedad privada**  
Reapers MC



**Joanna Wylde**

**Propiedad privada**  
Reapers MC

Libros de  
*seda*

*Propiedad privada*. Libro 1 de la serie *Reapers MC*.

Título original: *Reaper's Property*. *Reapers MC 1*.

*Reaper's Property*, by Joanna Wylde  
Copyright © 2013, Ellora's Cave Publishing

© de la traducción: Diego Merry del Val Medina

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Paseo de Gracia 118, principal  
08008 Barcelona  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)  
[@librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Germán Algarra  
Maquetación: Books & Chips  
Imagen de la cubierta: © Tony Mauro

Primera edición: marzo de 2015

Depósito legal: B. 1633-2015  
ISBN: 978-84-15854-68-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).







## **Dedicatoria**

**Q**uiero expresar mi agradecimiento a Raelene Gorlinsky, mi editora, por haberme apoyado sin desfallecer, y también a mis dos correctoras, Mary y Alicia. Gracias también a mi marido, incansable en su estímulo a mis esfuerzos creativos. Finalmente, un reconocimiento especial para mi primera editora, Martha Panches, que siempre me ha animado a que continuara escribiendo, a pesar de la pausa de varios años que hice. Martha, tenías razón acerca de los verbos en pasado continuo y yo estaba equivocada...









# Capítulo 1

*Washington Este, Yakima Valley  
17 de septiembre - actualidad*

*Marie*

**M**ierda, había motos junto a la caravana. Tres Harleys y un gran camión de color granate que no reconocí.

Menos mal que de camino había pasado por la tienda de comestibles. Había sido un día muy largo y lo último que deseaba era que se nos acabara todo y tener que ir a comprar más comida, pero los chicos siempre pedían algo para llevarse a la boca. Jeff no me había dado más dinero para cerveza y no quería pedírselo —bastante tenía ya con sus problemas económicos. Ni siquiera le pagaba alquiler. Para ser una persona cuya única misión en la vida era fumar hierba y jugar a los videojuegos, mi hermano Jeff había hecho mucho por mí en los últimos tres meses. Estaba en deuda con él y lo sabía.



Por suerte me había traído de la tienda unas cuantas cervezas y carne picada. Mi plan era hacer hamburguesas con patatas fritas para los dos, aunque siempre preparaba de sobra. Gabby me había dado una sandía que había recogido en Hermiston el fin de semana anterior. Incluso tenía preparada una gran ensalada de patata, para poder improvisar algo al día siguiente, después del trabajo. Tendría que quedarme hasta tarde para poder preparar otra, pero no me importaba.

Sonreí, satisfecha de que algo en mi vida fuera bien. Menos de un minuto para planificar y ya se me había ocurrido una comida. No sería para gourmets, pero tampoco dejaría en mal lugar a Jeff.

Aparqué junto a las motos, con cuidado de dejarles suficiente espacio. Los Reapers me habían dejado aterrorizada durante su primera visita —creo que cualquiera habría reaccionado igual, la verdad—. Parecían delincuentes, todos tatuados, con sus chalecos de cuero negro cubiertos de parches. Soltaban palabrotas sin parar, bebían mucho y podían ser bastante groseros, hasta con exigencias, pero nunca nos habían robado ni roto nada. Jeff me había puesto en guardia contra ellos en infinidad de ocasiones, aunque los consideraba amigos. Yo había sacado la conclusión de que exageraba respecto a su peligrosidad. Bueno, lo cierto es que Horse era bastante peligroso... pero no porque fuera un delincuente.

El caso era que Jeff les había hecho algún trabajo, un diseño web, o algo parecido. Para qué un club de moteros podía necesitar una página en Internet era algo que se me escapaba, pero la única vez que quise sonsacarle algo a Jeff me dijo que dejara de hacer preguntas y a continuación se marchó al casino para un par de días.

Salí del automóvil y di la vuelta para sacar la compra, con temor a mirar si la moto de Horse se encontraba en la fila. Me moría de ganas de verle, aunque no tenía ni idea de qué es lo que le diría. No olvidaba que él no había respondido a ninguno de los mensajes que le había enviado por teléfono. Aun así, no podía evitarlo, tenía que



saber si se encontraba allí, así que agarré las bolsas y recorrí la hilera de motos para comprobar si estaba la suya.

No sé mucho de motos, pero sí lo suficiente como para reconocer la de Horse. Es grande, negra y lustrosa. No toda brillante y decorada, como algunas que se ven en la autopista. Solo grande y potente, con gruesos tubos de escape que sobresalen hacia atrás y con más testosterona de lo que debería estar permitido.

Casi tan hermosa como el hombre que la monta. Casi.

Mi corazón se detuvo cuando la vi al final de la hilera. Sentí deseos de tocarla, de comprobar si el cuero del asiento era tan suave como lo recordaba, pero no era tan idiota como para caer en eso. No tenía derecho. No quería sentirme excitada por la presencia de Horse, pero me inquietaba de forma insoportable la idea de que se encontrara dentro de la caravana. Las cosas no fluían bien entre él y yo y, sinceramente, temía que optara por no hacerme ni caso. Durante un tiempo dio la impresión de que había algo entre nosotros, aunque en nuestro último encuentro me había dejado cagadita de miedo.

Miedo o no miedo, me ponía a cien mil.

Alto, de hombros anchos y fuertes, con melena hasta los hombros recogida en una coleta, siempre con su barba negra de tres días, con sus tatuajes tribales alrededor de los bíceps y las muñecas y... con esa cara. Horse era muy atractivo, tan atractivo como una estrella de cine. Sin duda tenía a las mujeres haciendo cola ante su puerta. Como había pasado más de una noche en mi cama, yo era muy consciente de que la suya no era una de esas bellezas que se manifiestan solo por encima de la cintura. El recuerdo de su otra belleza me provocó una breve pero intensa fantasía con él, mi cama y un poco de sirope de chocolate.

Ñam, ñam.

¡Mierda! El postre. Necesitaba un postre para la cena. A Horse le encantaba el dulce. ¿Nos quedaban virutas de chocolate? Podía preparar *cookies*, con tal de que hubiera bastante mantequilla. Dios mío, no permitas que se irrite conmigo, rogué en silencio, aunque



creía intuir que al interpelado no le interesaban demasiado las plegarias en las que la promesa de fornicación desempeña un papel tan relevante. Llegué hasta la puerta y pasé casi todas las bolsas a mi mano derecha para poder abrir. Entré en el cuarto de estar, miré a mi alrededor y... lancé un grito.

Mi hermano pequeño se encontraba de rodillas en el centro de la habitación, molido a golpes y sangrando sin parar sobre la moqueta. Lo rodeaban cuatro hombres con el equipamiento completo de los Reapers: Picnic, Horse y otros dos a quienes no conocía, uno grande y robusto, con una cresta de mohicano, tatuajes en el cráneo y unos mil *piercings* por todo el cuerpo, y otro alto y fibroso, con cabello rubio en cortos mechones puntiagudos. Horse me observó con la misma mirada fría, casi inexpresiva, que me dirigió la primera vez que nos vimos. Indiferente.

Picnic también clavó los ojos en mí. Era alto, de cabello castaño, corto y tal vez demasiado arreglado como para un motero. Su brillante mirada azul traspasaría a cualquier chica. Le había visto unas cinco veces y era el presidente del club. Tenía un gran sentido del humor, llevaba fotos de sus dos hijas quinceañeras para exhibirlas siempre que había ocasión y me había ayudado a pelar mazorcas de maíz en su última visita.

Ah, y además tenía un revólver en la mano y apuntaba directamente a la nuca de mi hermano.

*16 de junio - doce semanas antes*

—Marie, has hecho lo correcto —dijo Jeff mientras sujetaba una bolsa de hielo contra mi mejilla—. Ese hijo de puta merece la muerte. Nunca, nunca te arrepentirás de haberle dejado.

—Lo sé —respondí, sintiéndome muy desgraciada. Tenía razón. ¿Por qué no había dejado antes a Gary? Habíamos sido novios en el instituto, nos habíamos casado con diecinueve años y, al cumplir



los veinte, ya me había dado cuenta del terrible error que había cometido. Sin embargo solo ahora, cinco años después, comprendía de verdad hasta qué punto había sido terrible.

Aquel día mi marido me había cruzado la cara de un bofetón. Acto seguido, me había llevado solo diez minutos poner en práctica aquello de lo que había sido incapaz durante todo el tiempo que llevábamos juntos: hacer rápidamente la maleta y mandar a paseo al lameculos maltratador e infiel.

—Por un lado me alegro de que lo hiciera —comenté, con la mirada clavada en la mesa de formica llena de rayas que amueblaba la caravana de mi madre. En aquella época ella estaba pasando una temporada de vacaciones «a la sombra». La vida de mamá es algo complicada.

—¿Qué coño estás diciendo, Marie? —repuso Jeff mientras sacudía la cabeza—. Hablas como una jodida descerebrada.

Mi hermano me quería, pero no era precisamente un poeta. Le dirigí una débil sonrisa.

—Me he quedado a su lado demasiado tiempo, limitándome a recibir —dije—. Podría haber seguido ahí para siempre, pero cuando me pegó fue como si despertara. Pasé de estar aterrada ante la idea de irme a que ya no me importara en absoluto. Es la verdad, no me importa, Jeff. Que se quede con todo, los muebles, el equipo de música, toda esa mierda. Me doy por contenta con haberme largado.

—Bueno, puedes quedarte aquí tanto tiempo como necesites —dijo Jeff mientras mostraba el espacio a su alrededor. Era pequeño, húmedo y olía a una mezcla de marihuana y ropa sucia, pero allí me sentía segura. Aquel había sido mi hogar durante la mayor parte de mi vida y, aunque no puede decirse que haya tenido una infancia idílica, tampoco había estado tan mal para dos hijos de familia marginal cuyo padre se había marchado antes de que terminaran la escuela primaria.

Bueno, no había estado mal hasta que mamá se jodió la espalda y comenzó a beber. Las cosas habían ido de mal en peor a partir de



entonces. Miré a mi alrededor, intentando aclararme las ideas. ¿Cómo iba a arreglármelas allí?

—No tengo dinero —dije—. No puedo pagarte un alquiler, al menos no hasta que encuentre un trabajo. Gary nunca permitió que la cuenta estuviera a nombre de los dos.

—¿Qué mierda estás diciendo, Marie? ¿Un alquiler? —replicó Jeff, mientras sacudía la cabeza—. Esta es también tu casa. Quiero decir, es un agujero, pero es «nuestro» agujero. No tienes que pagar ningún alquiler aquí.

Le sonreí, esta vez con una sonrisa de verdad. Jeff podía ser un porrero que pasaba el noventa por ciento de su tiempo jugando a videojuegos, pero tenía corazón. De pronto sentí hacia él una corriente de amor tan fuerte que no pude contenerme, dejé caer la bolsa de hielo, me abalancé sobre él y le abracé con todas mis fuerzas. En respuesta, él me rodeó con los brazos tímidamente, aunque me di cuenta de que aquello le provocaba confusión y en cierto modo hasta le asustaba.

Nunca hemos sido de esas familias que siempre se están besando y tocando.

—Te quiero, Jeff —dije.

—Mmm, ya —murmuró él mientras se apartaba de mí, nervioso, aunque sus labios esbozaban una sonrisa. Se acercó a la mesa, abrió un cajón y sacó una pequeña pipa de cristal y una bolsita llena de hierba.

—¿Quieres un poco? —preguntó. Vaya, sí que me quería. Jeff no compartía su material con cualquiera.

—Paso —respondí—. Mañana por la mañana empezaré a buscar trabajo. No quiero que salga positivo si me hacen un test antidroga.

Jeff se encogió de hombros y se dirigió a la sala de estar —que era también comedor y recibidor— para sentarse en el sofá. Un segundo después, la gran pantalla de su enorme televisor cobraba vida. Mi hermano zapeó un rato hasta que encontró un canal de lucha, no la deportiva, sino esa en la que los tipos salen vestidos con ropas



ridículas y se comportan como payasos de circo. Seguramente Gary estaría viendo lo mismo en nuestra casa. Jeff dio un par de chupadas a su pipa y después la depositó junto con su mechero Zippo favorito —el de la calavera— sobre la mesita del café. Acto seguido, tomó su ordenador portátil y lo abrió.

Sonreí.

Jeff siempre había sido un verdadero fenómeno con los ordenadores. No tenía ni la menor idea de lo que hacía para ganarse la vida, aunque sospechaba que el mínimo de los mínimos para no morir de hambre. La mayoría de la gente, Gary incluido, le consideraba un perdedor. Tal vez lo fuera, pero a mí no me importaba, porque siempre estaba ahí cuando le necesitaba. Y yo siempre estaré ahí también para él, me prometí a mí misma. Empezando por dejarlo todo limpio y por conseguir un poco de comida de verdad. Por lo que se veía, este hombre no se alimentaba más que de *pizza*, cheetos y crema de cacahuete.

Algunas cosas no cambiaban nunca.

Me llevó bastante tiempo limpiar la caravana, pero disfruté con cada minuto de la tarea. Echaba de menos a mi madre, por supuesto, pero debía admitir —aunque solo fuera para mis adentros— que el lugar era mucho más cómodo cuando no estaba ella por allí. Era una cocinera malísima, siempre tenía las cortinas echadas y nunca tiraba de la cadena cuando salía del baño.

Ah, y todo lo que toca lo convierte en caos y en drama.

Jeff tampoco tira de la cadena, pero por alguna razón no me molestaba tanto, en su caso. Seguramente porque no solo me había cedido la habitación más grande, sino porque a la mañana siguiente me metió un fajo sorprendentemente grueso de billetes en el monedero y me besó en la frente para desearme suerte antes de salir a buscar trabajo. Necesitaba encontrar algo, a pesar del feo moratón que marcaba mi cara, consecuencia de la «palmadita cariñosa» de Gary.



—Vas a causar impacto, hermanita —dijo Jeff, frotándose los ojos—. ¿Me traerás unas cervezas cuando vuelvas? Ah, y también algunos de esos filtros para el café. Se me han acabado y también las servilletas de papel. No creo que el papel higiénico me sirva para eso y necesito mi dosis de cafeína

Parpadeé. Me había emocionado verle levantado tan temprano para despedirse de mí, pues no es que fuera muy madrugador, que se diga.

—Yo me encargo de la compra —dije rápidamente— y de preparar la comida.

Miré hacia la pila de la cocina, donde se acumulaban los platos sucios. Y las macetas. Y algo verde que podía tal vez contener la cura contra el cáncer...

—Estupendo —murmuró Jeff antes de regresar tambaleante a su habitáculo.

Habían pasado ya dos semanas desde entonces y la situación parecía mejorar. Por un lado, había progresado tanto en la limpieza de la casa que ya no me daba miedo sentarme en el retrete o ducharme. Mi siguiente objetivo era el terreno, donde nadie había segado la hierba desde hacía por lo menos un par de años. Había conseguido un empleo en la guardería Little Britches, dirigida por Denise, la madre de mi vieja amiga Cara. Cara y yo habíamos perdido contacto al marchar ella a la Universidad, pero yo había visto a su madre de vez en cuando y siempre había preguntado por ella. Cara había conseguido graduarse en derecho y trabajaba en Nueva York, en alguna empresa potente. Su madre me enseñaba fotos de ella y a mí me parecía igual a los abogados de las series de televisión, con sus vestidos y zapatos de diseño.

No como yo. Yo sacaba notas tan buenas como ella en el instituto, pero estaba tan enamoraaaaaaaada de Gary que pasé totalmente de la Uni. Una idea acertada donde las haya.

A Denise no le pasó desapercibido el moratón que adornaba mi cara, a pesar de que me lo había tapado con maquillaje, y preguntó con cautela si seguía con Gary. Le hablé sobre mi nuevo lugar de





residencia y ahí quedó todo. Así las cosas, tenía un nuevo empleo y, aunque el salario no era alto, me gustaba trabajar con niños. Incluso había empezado a cuidar alguna que otra vez también por las tardes a los peques que venían a la guardería durante el día. A Jeff le encantaba tenerme con él, ya que cocinaba, lavaba la ropa y limpiaba la casa. Había hecho lo mismo cuando vivía con Gary, pero mi ex nunca me había dado ni las gracias.

No, solamente se quejaba por lo mal que lo hacía.

Y después se largaba a montar a su zorra.

Aquel día salí del trabajo a las tres, así que decidí ir a casa y hornear pan. A lo largo de los años he ido perfeccionando mi técnica. Parto de una receta francesa básica para elaborar pan y después añado una tonelada de ajo, hierbas italianas, cinco clases diferentes de queso y lo recubro todo con clara de huevo. Las cantidades que había comprado debían ser suficientes como para dos hogazas grandes y el plan era servir las acompañadas de espaguetis, tomates frescos del huerto de Denise y mi ensalada de espinacas. Por supuesto no íbamos a comer todo ese pan, pero pensaba llevarme al trabajo la segunda hogaza, para invitar a las otras chicas.

Denise tenía un gran huerto detrás de la guardería y me había dicho que no tuviera reparos en llevarme lo que me apeteciera. Decidí aprovechar la ocasión al máximo, antes de que cambiara el tiempo. Se me ocurrió incluso que podría guardar algunas cosas en conserva, pero decidí que aquella opción no era muy realista. Había dejado todo el material que necesitaba en casa y no me apetecía nada volver por allí. Gary no había tratado de ponerse en contacto conmigo desde mi partida, gracias a Dios, y había oído por ahí que no había tardado nada en meter en nuestra cama a Misty Carpenter, lo cual me daba ganas de vomitar.

En mis pensamientos, Misty Carpenter era siempre LA PUTA y lo escribía así, con mayúsculas, para darle mayor énfasis, cada vez que la mencionaba en algún mensaje de texto.



Coloqué el pan en una bandeja y lo dejé fuera, en nuestra vieja mesa de picnic, para que leudara. Mientras esperaba, decidí dar la batalla de nuevo a las malas hierbas del porche. Hacía bastante calor, así que me puse el top de un biquini que, debo decir, quedaba bien rellenito, a pesar de que mi talla de pecho es tirando a pequeña. Me hice con unos viejos guantes de trabajo que encontré en el cobertizo, me serví un vaso de té helado, abrí bien las ventanillas del automóvil para que se oyera la música a tope y me preparé para descargar mi furia contra cualquier mala hierba, fuera de la especie que fuese.

Media hora más tarde, el Reino Vegetal parecía ir ganando la partida, así que decidí tomarme un respiro. Me tumbé encima de la mesa de picnic, apoyé los pies en el respaldo del banco y estiré los brazos hacia atrás, dejándolos colgar sobre el borde y balanceándolos con suavidad. Era fantástico sentirme tan relajada y libre, en mi propio terreno, sin nada en absoluto de qué preocuparme.

Como cabía esperar, aquel fue el momento en que llegaron los moteros.

Les oí llegar, claro, pero no tan pronto como podría suponerse, ya que la música tronaba a todo volumen. No me di cuenta de que teníamos compañía hasta que se encontraban a la mitad del largo sendero que atraviesa los sembrados de nuestro arrendador hasta llegar a la caravana. Me incorporé y les miré, desconcertada, mientras se aproximaban. Estoy acostumbrada a vivir sola en medio de la nada, sin vecinos, y me gusta, pero en aquel momento me sentí muy sola.

¿Quiénes eran aquellos tipos?

No tomé conciencia de que iba cubierta solo con la parte de arriba de un bikini y de que mi cuerpo relucía de sudor hasta que los tres recién llegados apagaron los motores de las motos, se quitaron los cascos y me miraron todos a una. Como a propósito para completar el cuadro, la radio escupía con fuerza las notas del *Pour Some Sugar On Me*, de Def Leppard. Me estremecí. Sin duda debía de tener



el aspecto de una tórrida princesa de barrio que disfruta en biquini del calorcito junto a su caravana, a ritmo de rocanrol pegadizo de los años ochenta. Sentí que los ojos de los tres hombres me observaban con detenimiento, aunque fue el de en medio el que llamó verdaderamente mi atención. Era grande y no me refiero solo a que era alto, que lo era —debía de medir por lo menos dos metros, frente a mi escaso metro sesenta. Sus hombros eran muy anchos y sus brazos muy musculosos, con tatuajes tribales alrededor de los bíceps y de las muñecas. Hubiera jurado que ni con las dos manos podría abarcar aquellos brazos y no digamos aquellos muslos, que sentía deseos de estrujar... y tal vez de lamer.

El hombre descendió de la moto y se acercó, con la mirada —de la que no podía desprenderme— clavada en mí. Noté una repentina ola de calor entre las piernas. Para ser sincera, llevaba mucho tiempo sin sentirme excitada sexualmente. Los últimos años con Gary habían sido frustrantes en los buenos momentos —y dolorosos en los demás—. Sin embargo, algo en la forma de caminar de aquel hombre, la forma en que parecía desplazar el aire con su sola presencia, me pilló por sorpresa y me golpeó directamente en medio de...

Bueno, ya me entienden.

Sentí cómo se me endurecían los pezones y me balanceé suavemente en el momento en que el recién llegado se detenía frente a mí. Su dedo índice se posó sobre mi hombro y me recorrió la clavícula, para a continuación situarse entre mis senos y rozarlos ligeramente. A continuación se llevó el dedo a la boca y saboreó mi sudor. Él olía a aceite de motor y a sexo.

¡Santo Dios!

—Eh, culo rico —dijo y rompió con ello el hechizo. ¿Culo rico? ¿Qué clase de individuo se dirige así a una chica a la que no conoce?

—¿Está aquí tu hombre? —inquirió—. Tenemos que hablar.

Retrocedí para bajar de la mesa por el otro lado y casi me caí al suelo. De pronto la música paró en seco. Miré hacia mi vehículo y vi



que uno de los moteros acababa de sacar la llave del contacto y se la guardaba en el bolsillo. Oh, oh.

—¿Te referes a Jeff? —respondí, tratando de recuperar la compostura—. Está en la ciudad.

¡Mierda! ¿Había cometido un error al admitir que estaba sola? Lo cierto es que no tenía otra opción. Podía haber dicho que iba a buscarlo dentro y cerrar la puerta, pero la caravana tenía ya más de treinta años. La cerradura estaba carcomida por el óxido desde que yo era una cría y además tenían mis llaves.

—¿Por qué no esperáis aquí mientras le llamo? —dije por fin.

El hombre fornido me observó, frío e inexpresivo. No podía estar segura de que fuera del todo humano, decidí. Tal vez se tratara de una especie de Terminator. Incapaz de sostenerle la mirada, me fijé en su chaleco de cuero negro, muy gastado y lleno de parches. Me llamó la atención uno en particular, un diamante de color rojo con un número uno y el signo de tanto por ciento junto a él. No sabía lo que significaba aquello, pero lo que sí sabía era que sentía fuertes deseos de entrar en casa y ponerme algo más de ropa.

Tal vez un *burka*.

—Claro, nena —respondió el musculoso mientras apartaba el banco y se sentaba a la mesa. Sus amigos le imitaron.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó otro de ellos, un hombre alto, de pelo corto y oscuro y llamativos ojos azules. Asentí con la cabeza y me dirigí a la casa, esforzándome al máximo para no echar a correr. Les oí reír detrás de mí y no me pareció que aquella fuera una risa amistosa.

Por suerte, Jeff contestó al teléfono al primer toque.

—Hay unos tipos aquí que quieren verte —dije, mientras espía por la ventana de la cocina, sin abrir apenas las cortinas estampadas con dibujos de pequeñas verduras voladoras—. Son moteros. Creo que pueden ser peligrosos. A mí me parece que tienen pinta de asesinos, pero me gustaría pensar que se me está yendo un poco la cabeza. Por favor, dime que estoy paranoica...



—¡Mierda! —dijo Jeff—. Son los del Reapers MC, Marie, y no se andan con tonterías. Haz lo que te digan, pero no te acerques demasiado a ellos. Pase lo que pase, no les pongas un dedo encima y no les dirijas la palabra, a menos que ellos te hablen a ti primero. Ni siquiera los mires y no se te ocurra cruzarte en su camino. Estaré allí en veinte minutos.

—¿Qué es un MC? —inquirí.

—Un moto club, un club de moteros —respondió él—. Mantén la calma, ¿de acuerdo?

Jeff colgó.

Ahora sí que estaba asustada. Había esperado que mi hermano se riera de mí y que me dijera que solo eran unos chicos inofensivos que disfrutaban montando en sus motos y haciéndose los malos. Sin embargo, parecía que la cosa iba en serio. Entré en mi habitación y me puse una amplia camiseta con la que solía dormir. A continuación me quité los pantalones cortos y deslicé mis piernas en unos largos. Finalmente, me recogí la melena castaña oscura en un moño bastante chapucero. Una rápida mirada al espejo bastó para convencerme de que mis temores eran infundados: los moteros podrían ser rudos y mostrarse insinuantes hacia mí, pero mi aspecto no era precisamente el de la chica de los sueños para ningún hombre. Tenía la cara manchada de barro, la nariz quemada por el sol y un largo araño que me había hecho sin darme cuenta en la mejilla —un buen contraste con el tono púrpura y amarillento del moratón de Gary, que ya se iba apagando.

Las manos me temblaban mientras llenaba de té helado tres grandes vasos de plástico. ¿Debía echar azúcar? Al final opté por llevar un poco aparte, en una taza, con una cucharilla dentro. Dos de los vasos los llevaba sujetos contra mi cuerpo, con el antebrazo derecho. Con la misma mano llevaba el tercer vaso y con la otra, la taza llena de azúcar. De esta manera conseguí salir por la puerta, después de maniobrar con cuidado. Cuando atravesé el umbral, los moteros



hablaban en voz baja y observaron cómo me acercaba a la mesa. Me obligué a adoptar una sonrisa radiante, tal y como solía hacer cuando trabajaba de camarera en la época del instituto. Era algo que se me daba bien.

—¿Has llamado a tu hombre? —preguntó el grandote. Me volví hacia él, olvidando completamente que debía evitar su mirada, ya que sus ojos eran tan profundos, tan expresivos, tan verdes...

—¿Mi hombre? —pregunté.

—Jensen.

Mierda, me había olvidado por completo. Pensaban que era la novia de Jeff. ¿Debía decírselo? Vacilé. Estudié atentamente al motero, preguntándome para mis adentros cuál sería la respuesta menos peligrosa. Él me devolvió la mirada, sin dejar traslucir nada. Llevaba el pelo recogido en una áspera coleta y el rostro cubierto por barba negra de tres días. Mi estúpido cuerpo se puso alerta de nuevo. ¿Qué se sentiría al rozar despacio aquella barba con los labios?

Seguramente algo fantástico.

—Nena, contesta la puta pregunta —intervino el de ojos azules. Me sobresalté y el té me salpicó la camiseta. Me mojó el pecho izquierdo, claro, y el pezón se puso firme al sentir el frío. Los ojos del motero fortachón se clavaron en él y se oscurecieron.

—Ya viene —dije, tratando de no titubear—. Me ha dicho que estará aquí en veinte minutos. Os he traído té.

El fortachón alargó el brazo y tomó el vaso de mi mano derecha. Aquello me puso en un aprieto, ya que no podía liberar los otros dos vasos con la mano izquierda, puesto que la tenía ocupada con la taza del azúcar. Podía darle la taza al motero o pasar junto a él y dejarla en la mesa. Desde luego, no me apetecía nada hacer esto último...

Él mismo resolvió mi problema. Primero alargó la mano y rodeó con los dedos uno de los vasos que yo sujetaba contra el costado. Al notar cómo sus dedos se deslizaban entre el frío plástico y mi piel, comprobé que esta se me erizaba. Quedé inmóvil mientras él repetía



el gesto para tomar el tercer vaso. Finalmente, alcanzó la taza del azúcar y a continuación me agarró por la mano, me atrajo hacia sí y me apretó contra su muslo. Casi le rozaba la cara con el estómago.

Se me cortó la respiración.

El motero alargó la mano y me sujetó la barbilla para obligarme a girar el rostro y poder ver el moratón. Contuve la respiración mientras rogaba para mis adentros que no me preguntara por él. A continuación dejó caer la mano hasta mi cintura y me acarició la cadera, arriba y abajo. Me costó un esfuerzo sobrehumano contenerme y no aplastarle los pechos contra la cara.

—¿Ha sido Jensen quien te ha hecho esto? —inquirió.

Maldita sea. Tenía que contárselo. No podía dar la impresión de que Jeff me pegaba. Él no se merecía eso.

—No, él nunca haría algo así. Es mi hermano —dije rápidamente y me aparté, ruborizada. Acto seguido, corrí a refugiarme en casa.

Los moteros se quedaron sentados a la mesa, bebiendo su té y charlando, hasta que apareció Jeff. Me dio la impresión de que habían pasado horas, aunque lo cierto es que había hecho el trayecto en tiempo récord. En un momento determinado, el motero corpulento había levantado la toalla que cubría el pan para ver lo que había debajo. Si no lo metía pronto en el horno, subiría demasiado.

Mierda.

No iba a salir, de todos modos. No hasta que se hubieran largado.

Por desgracia, no parecía que tuvieran mucha prisa. Cuando Jeff apareció en su viejo Firebird, los moteros lo rodearon, hablaron con él durante un rato y a continuación se dirigieron de vuelta a la caravana. El corpulento miró hacia la ventana y, aunque yo estaba segura de que no podía verme, me dio la impresión de que sus ojos se clavaban en los míos.

Al entrar, Jeff sonreía y parecía tranquilo, igual que sus acompañantes. El ambiente era amistoso y me pregunté, con el ceño fruncido, hasta qué punto mi hermano hablaba en serio antes, cuando le llamé por teléfono.



—Hermana, mis socios se quedan a cenar —anunció con tono solemne—. Será mejor que salgas a buscar tu pan, que parece que ha terminado de leudar. Muchachos, esto os va a encantar. El pan de Marie es jodidamente bueno. Os va a preparar una cena que os vais a caer de culo.

Sonreí, algo temblorosa, y le maldije para mis adentros. ¿Qué demonios...? Por supuesto que estaba dispuesta a cocinar para él, pero... ¿para esa pandilla? Me daban miedo, aunque aquello casara mal con mis deseos de lanzarme sobre el corpulento. Sin embargo, no se me ocurría ninguna manera de salir de aquella situación. O al menos ninguna que no pusiera en evidencia nuestra pequeña pretensión de que no había nada de extraordinario en recibir la visita de tres moteros de aspecto amenazador que surgen de la nada...

Por otra parte, el pan se estropearía si no lo ponía a cocer pronto. La salsa para los espaguetis estaba preparándose en la cocina y olía de maravilla. Ni siquiera podía poner la excusa de que hacía demasiado calor para usar el horno, ya que teníamos un par de esos pequeños acondicionadores de aire que se colocan en las ventanas y que hacen chucu-chucu como el trenecito de la canción, así que en el interior se estaba bastante bien. Los hombres se acomodaron en el cuarto de estar, con excepción del corpulento, que arrimó un taburete a la barra de la cocina —la cual también nos servía de mesa—. Se sentó y se apoyó cómodamente contra la pared, con los brazos cruzados.

De esa forma, podía observarme mientras cocinaba, sin perderse nada de lo que ocurriera en la habitación contigua.

Corrí a buscar el pan mientras Jeff ponía la tele. Cuando volví estaban poniendo otra vez lucha, pero esta vez parecía de las de verdad, dentro de una especie de jaula.

—Sácanos unas cervezas, culo rico —dijo el tercer motero, un hombre de cabello oscuro y mejillas picadas de viruela. Me mordí el labio. La verdad, no me gustaba que me llamaran así. No era solo que la expresión fuera degradante, es que además, con la manera que





tenían de decirlo me daban miedo. Sin embargo, Jeff me miró y me lanzó un silencioso «por favor» con los labios, así que dejé el pan y me acerqué al frigorífico para sacar cuatro cervezas. Los hombres me ignoraron casi por completo mientras preparaba la cena, a excepción de mi hombretón. Cada poco tiempo dirigía los ojos hacia él e invariablemente lo encontraba mirándome, pensativo. No sonreía, no me hablaba, no hacía nada. Simplemente me observaba, con especial atención a mis pechos —más pequeños que muchos otros, pero más respingones que la mayoría— y a mi trasero —algo más grande de lo que a mí me gustaría.

Saqué una cerveza para mí y me la tomé mientras me movía de un lado a otro de la cocina, por fin algo más relajada. Supongo que me ponía negra el hecho de ser observada de aquel modo tan directo, pero de alguna manera me hacía sentir bien el hecho de atraer así la atención de un hombre.

Hacía mucho que no me pasaba.

Cuando saqué el pan del horno, la pelea en la televisión ya había concluido. Coloqué un par de manteles individuales en la mesa para las fuentes de pasta y de salsa y fui a por la ensalada. Los hombres se abalanzaron sobre la comida como una manada de animales hambrientos.

—Esto está de muerte —dijo el de ojos azules, como si me viera como a una persona por primera vez. Sus facciones, muy viriles, parecían talladas a cuchillo y concluí que no estaba nada mal para su edad.

—Hay que reconocer que sabes preparar la comida —añadió—. Mi mujer solía cocinar así para mí, pero eso era antes.

—Gracias —dije, tratando de no sonrojarme. Aquella era seguramente la cena más extraña de mi vida, pero me gusta guisar para gente que aprecia la buena comida. De hecho, en la época en que iba al instituto tenía planes de apuntarme a la escuela profesional de cocina...



Gracias por nada, Gary.

El corpulento no decía nada, pero noté que repetía de todo y más de una vez. Cuando acabaron me puse a recoger, pero él se acercó por detrás y me agarró del brazo.

—Ahora será mejor que vayas a dar a una vuelta —dijo—. Tenemos asuntos que tratar.

Miré a Jeff, que me dirigió una sonrisa apaciguadora.

—¿No te importa, hermana? —dijo.

Asentí con la cabeza, aunque me daba no sé quéirme así, sin saber siquiera cómo se llamaban. De alguna manera, durante la cena habían dejado de asustarme y se habían vuelto alarmantemente humanos. Sin embargo, yo sé entender cuándo estoy de más y estaba obligada por Jeff a no causar problemas. Sonreí, eché mano de mi bolso, que estaba en la estantería, y me dirigí a la puerta.

—Bueno, encantada de conocerles a todos, mmm... —dije.

Ojos Azules, que llevaba escrita la palabra «presidente» en su chaleco, sonrió a su vez.

—Yo soy Picnic y estos son mis hermanos, Horse y Max —dijo.

Miré a Corpulento. ¿Horse? ¿Qué clase de nombre era aquel? Y la verdad es que no parecían hermanos...

—Encantada de conocerle, señor Picnic —dije, tragándome mis preguntas.

—Solo Picnic —repuso él—. Gracias de nuevo por la cena.

Horse se puso en pie.

—Te acompaño hasta tu vehículo —dijo, con voz baja y ronca. Jeff abrió mucho los ojos y movió la cabeza, pero a continuación se quedó inmóvil. Picnic me lanzó una mirada perspicaz.

—Tómate tu tiempo, podemos esperar —le dijo a Horse mientras se sacaba del bolsillo las llaves de mi automóvil y me las lanzaba. Salí al calor del atardecer del verano tardío y Horse me siguió. Me agarró por la mano y me llevó hasta la mesa. Los latidos de mi corazón se aceleraban a cada paso. No tenía ni idea de qué iba a ocurrir,



pero una parte de mí deseaba de veras que pusiera las manos sobre mi cuerpo.

Tal vez.

Tal vez no.

Mierda.

Antes de que pudiera parpadear, Horse ya me había levantado por las axilas y me había depositado sobre la mesa. A continuación deslizó sus manos hacia abajo, a lo largo de mi cuerpo, las colocó sobre mis rodillas y las separó con suavidad. Finalmente, se metió en medio y se inclinó sobre mí.

A punto estuve de lanzar mis manos sobre él para acariciarlo.

—No creo que sea una buena idea —dije, sin embargo, mientras miraba hacia la casa con el corazón a galope tendido. A Jeff no le gustaría nada. Horse era peligroso. Podía olerlo. En serio. Bajo el delicioso olor a cuero, a sudor y a hombre había notas que anunciaban problemas garantizados.

—Quiero decir —añadí—, te están esperando ¿no es cierto? Déjame ir y olvidemos esto ¿de acuerdo?

Él no dijo nada y se limitó a observarme de nuevo, con su mirada fría e inexpressiva.

—¿Así es como te gusta jugar, culo rico? —dijo por fin.

—No soy tu «culo rico» —respondí con ojos entrecerrados. Odiaba que me llamaran cosas así. Gary lo hacía todo el tiempo. Al infierno con Gary y con este también...

Hombres.

—Que te jodan —le dije, mirándole a los ojos.

Horse dejó escapar una risa estentórea, que resonó con fuerza en el silencio reinante y me hizo volver a la realidad. A continuación me agarró con fuerza por las caderas y me atrajo hacia sí. Noté cómo la ingle se me pegaba a lo que parecía una erección bastante saludable.

El motero frotó con fuerza sus caderas contra las mías y sentí que aquello rozaba arriba y abajo mi zona del placer. Me avergüenza

bastante reconocer que mojé las medias en lugar de propinarle una buena patada en las pelotas, como habría hecho una chica prudente. Horse se inclinó sobre mí y contuve la respiración mientras esperaba su beso. Sin embargo, no me besó, sino que me susurró al oído.

—Rico —dijo—, rico... culito.

Su tono no me gustó nada, así que le mordí la oreja. Con fuerza.

Horse saltó hacia atrás y temí por mi vida. Sin embargo, rompió a reír con tanta fuerza que pensé que iba a darle un tirón muscular. Le miré fijamente, furiosa, y él levantó las manos en señal de rendición.

—Lo he entendido, manos fuera —dijo mientras sacudía la cabeza, entre curioso y divertido—. Juega como quieras. Además, tienes razón, estamos ocupados. Ve a dar una vuelta. Con una hora o así será suficiente.

Me levanté de la mesa y pasé junto a él a toda prisa en dirección a mi automóvil, mientras me seguía con la mirada. Abrí la puerta y, en aquel preciso instante, la estúpida curiosidad que me ha causado problemas toda la vida intervino una vez más para anular todo instinto de autoprotección. Me detuve justo antes de entrar y miré al motero por encima del vehículo.

—Horse no es tu verdadero nombre ¿cierto? —le dije.

Él me sonrió con dientes que brillaban como los de un lobo.

—Es mi nombre de carretera —dijo mientras se apoyaba en mi automóvil—. Así funcionan las cosas en mi mundo. Los ciudadanos tienen nombres. Nosotros tenemos nombres de carretera.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—La gente te da un nombre cuando empiezas a montar en moto —explicó Horse con indiferencia—. Puede significar cualquier cosa. A Picnic le dieron su nombre porque una vez se rompió el culo planificando una salida al campo con una zorrilla que le tenía totalmente comida la cabeza. Resulta que la tipa va y se traga toda su comida, se bebe toda su bebida y después llama a su jodido novio para que venga a buscarla, mientras Picnic estaba echando una meada.



Hice una mueca de desagrado, mientras trataba de entender todo aquello.

—Eso parece bastante... desagradable. ¿Por qué alguien querría recordar algo así? —quise saber.

—Porque cuando el jodido novio apareció, Picnic le partió la cabeza con la mesa de picnic.

Noté cómo se me cortaba la respiración. Aquello no sonaba muy bien, que digamos. Sentía deseos de preguntar si el chico había quedado muy afectado por el golpe, pero decidí que realmente no me apetecía conocer la respuesta.

—¿Y Max?

—Cuando se emborracha, se le dilatan los ojos y parece un loco, como Mad Max, el de la película —respondió.

—Ya veo —dije, recordando al tipo. La verdad era que sí tenía un cierto parecido con Mad Max. Concluí que no me apetecería nada verlo borracho.

Se hizo un silencio algo pesado.

—Entonces... ¿no vas a preguntarme? —dijo él por fin.

Le observé detenidamente, con ojos entornados. Sentía malas vibraciones, pero las palabras salieron solas de mi boca, totalmente fuera de control.

—¿Por qué te llaman Horse?

—Porque la tengo como un caballo —replicó con una sonrisa burlona.

Entré en el automóvil y cerré de un portazo. Oí la risa de Horse a través de la ventanilla mientras salía disparada.